



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

Miguel Hidalgo, el libertador

NUEVA ESPAÑA, colonia preferida de España, en donde ésta dejó en todos los ámbitos una impronta decisiva de su presencia, vivió en el siglo XVIII una época de esplendor que con toda razón ha sido llamado su siglo de oro. Con una extensión de más de cuatro millones de kilómetros cuadrados, que iban desde los extremos límites de California, Nuevo México y Texas hasta América del Centro, ocupados por una población mayor de seis y medio millones de habitantes, mal distribuidos y diferenciados social, económica y culturalmente, mantenía una organización política, administrativa, judicial y religiosa tan importante para su metrópoli como perjudicial a la movilidad socioeconómica de los mexicanos.

Si las reformas borbónicas aportaron un auge cultural considerable, ellas produjeron un bloqueo a los anhelos igualitarios y democráticos de núcleos relevantes, principalmente de los criollos, y una forma segura y eficaz de aprovechar mejor los recursos económicos novohispanos en favor de la corona y su política europea.

Su población, fruto de tres razas diversas, en estadios culturales diferentes y detentando una de ellas, la europea, el poder político y la fuerza económica, las otras dos estaban a ella sujetas. La sociedad era en rigor de tipo estamental con poca movilidad y la constituían: “los que nada tienen y los que lo tienen todo”. Los europeos manejaban la mayor parte de la riqueza del país y unidos a numerosos criollos, estaban ligados a la política e intereses económicos de la metrópoli. Los criollos poseedores de una mejor preparación cultural, despierta inteligencia, estrecho apego a la tierra y sentimientos nacionalistas, mostrábase celosos de los europeos. Los mestizos que por su fortuna y cultura distinguíanse, seguían la suerte del padre. Los que no, disminuían en categoría y sumábanse a las castas, descendientes

de negros y blancos o de indios y negros, y las cuales representaban el escalón más bajo de la sociedad. Sus posibilidades de mejoría eran escasas y sus derechos casi nulos. Entre ellas la esclavitud era frecuente. Sin cultura, con una economía muy lánguida dependían en absoluto de las clases dirigentes; mas su carácter osado y levantisco les convertía en peligrosas. Su número era superior al millón. Las castas y los indios representaban el mayor porcentaje de la población y de las primeras procedían cerca de nueve mil esclavos ocupados en el servicio doméstico, como capataces, y en ciertos trabajos que ameritaban su utilización, frente a un aumento de la población indígena cuya fuerza de trabajo era más barata.

Los conflictos sociales, provocados por abusos y condiciones laborales injustas y aflictivas, así como las rebeliones indígenas no fueron extrañas a esta época. Las huelgas y conflictos de los mineros de Real del Monte en 1766, los de San Luis Potosí en 1767 y Guanajuato y Pachuca en 1776 reflejan tensa situación que se agravó día tras día.

Culturalmente se había llegado a una madurez de la conciencia mostrada en amplios grupos esparcidos por todo el territorio, pero principalmente en aquellas provincias o regiones en las que existían centros educativos destacados: México, Puebla, Valladolid, Guadalajara, Mérida, Monterrey, Saltillo, de las que surgió un pensamiento tendente a la reforma científico-filosófica y también política. El acrecentamiento de un sentimiento nacionalista favorecido por diversos factores imprimió su tónica en los ideales de varias generaciones, las cuales se hicieron eco y aprovecharon en su favor, el descontento que en capas más bajas del pueblo latía, por la miseria, el desigual reparto de la tierra, la carencia de fuentes de trabajo y malas condiciones de las existentes, así como las limitaciones para incorporarse a ciertas formas productivas.

La influencia de la ilustración europea, los ejemplos de la independencia de las colonias inglesas de Norteamérica, la Revolución francesa, la independencia de Haití, sirvió a los americanos en mayor o menor grado para aclarar sus ideas, recuperar las tesis tradicionales defensoras de la libertad que habían sido olvidadas, crearles una conciencia de progreso, de libertad, de dignidad humana y para colocarles en un plano desde el que podían tratar igualitariamente en lo político y en lo cultural, no sólo con los espíritus esclarecidos de la Europa de esa época, sino con el Estado español. La ilustración al propio tiempo que vivificó el espíritu de los americanos con las nuevas ideas, reforzó su sentimiento optimista y sus deseos de cambio.

La atmósfera ideológica de finales del siglo XVIII, que en ciertas regiones del país, como el Bajío, se hizo más patente, fue precisando dos ideas fundamentales: emanciparse políticamente de una metrópoli descuidada y cada día más urgida de recursos y la cual pretería a los americanos; y liberarse de las trabas sociales que pesaban sobre la mayor parte de la población.

Los hombres que desde distintos ángulos promovieron consciente e inconscientemente la emancipación, anhelaban un mejoramiento social y económico que afianzara el progreso material bajo un régimen político liberal que lo hiciera posible, régimen que ellos se darían y no se les impondría de fuera. Emancipación política y emancipación socioeconómica, fueron los móviles de la guerra de independencia.

En renglones llenos de profunda verdad, Alfonso Reyes escribe al explicar esa ansia de separación: "La verdadera censura que admite el régimen español está en que España nunca tuvo fuerzas para sujetar su poderío colonial; en que no supo explotar cuerdamente, con buena ciencia de mercader, a sus colonias, sino que se enloqueció fantásticamente con ellas, se entregó a ellas, se fue hacia ellas desangrándose visiblemente, y en vez de crear esas grandes factorías comerciales que engendran los imperios del siglo XIX, produjo naciones, capaces de vida propia al grado que supieron arrancarse a la tutela materna. ¡Culpa feliz por cierto!"

Dentro de este ambiente, surge Miguel Hidalgo, hijo de Cristóbal Hidalgo y Costilla y Ana María Gallaga Mandarte, descendientes de viejas familias españolas avecindadas en la Nueva España, en Tejupilco, al sur del Estado de México, la del padre; en la provincia de Michoacán, la materna, familias de las cuales habían surgido doctores en medicina y teología, eclesiásticos y agricultores. Casados él a los treinta y siete años y ella entre los diecisiete y los dieciocho, procrearon cinco hijos: José Joaquín, quien llegó a ser doctor en teología; Miguel; Mariano, consagrado al comercio, administrador de las fábricas que fundó su hermano Miguel y muerto al mismo tiempo que él; José María, bachiller en artes y luego consagrado a la agricultura como su padre y Manuel Mariano, abogado de la Real Audiencia.

Miguel, hijo segundo, nace el 8 de mayo de 1753 en la hacienda de San Diego de Corralejo jurisdicción de Pénjamo, la cual administraba su padre desde hacía diez años. Vivió en medio de las feraces campiñas que cierran a espaldas de la hacienda las concreciones basálticas del fuerte de San Gregorio y anualmente inundan y enriquecen de limo las aguas del Río Turbio, afluente del Lerma, tierras negras y espesas de las que brotan con el esfuerzo amoroso

del labriego, maíz, frijol y trigo en abundancia, tierras en las que forman el paisaje cactus y nopales en los cerros, y mezquites y huizaches en los campos, con los cuales alternan álamos introducidos por los europeos, que en paralelas formaciones, flanquean las entradas de las haciendas y los caminos vecinales.

En esas tierras cubiertas de pequeñas lagunas en cuyas aguas el añil del cielo se refleja y las garzas recortan delgada y blanca silueta; en esos campos en los que el canto de los gallos inicia el cotidiano trabajo y es el relincho de caballos y asnos, el mugir de las vacas y el piar de miles de gorriones y urracas que vespertinamente regresan a posarse en las ramas de los árboles, el único rumor que altera la beata quietud de sus habitantes, ruido acompasado, ancestral, al que sólo se añade de vez en vez el repiqueteo de las campanas y el estallido de los cohetes que los campesinos arrojan al aire en días festivos; en ese paisaje rural, transcurrieron los primeros años de Miguel Hidalgo y sus hermanos. Correrías a pie y a caballo a los cercanos montes y al valle; baños en el próximo río; excursiones a los cálidos manantiales de Cuitzeo, en donde fuera bautizado, y a Pénjamo e Irapuato. Más tarde, aún en la adolescencia ampliará su mundo geográfico al ir a Tejupilco atravesando vastas planicies y las ásperas estribaciones del volcán de Toluca que descienden a las cálidas tierras que riega el Amacuzac. Es el centro del país, la porción geográfica más rica en hombres y recursos y en la que se observan graves problemas humanos la que configura el mundo geográfico y social de Hidalgo en sus primeros años. No será sino hasta después de los treinta que conozca el litoral, por su estancia en Colima, y al término de su vida, los horizontes sin fin, las tierras calcinadas y ardientes, los desiertos del norte en los que encontrará la muerte.

Fuera del tiempo que consagra al estudio realizado al lado de los padres, las horas restantes las convive con hermanos y amigos, mozos de su misma edad con los que descubre el mundo circundante, el fluir de la vida y con los que escucha los rumores que producen sequías, heladas, epidemias, y hambres, las protestas por las injusticias que contra los campesinos se cometen y el júbilo por algún acontecimiento positivo. Observa la extrema humildad del indio y palpa poco a poco la pobreza de amplios núcleos, su esfuerzo para superarse y la imposibilidad de lograrlo. Antes de los nueve años, en 1762 pierde a su madre que es sepultada en la capilla de la hacienda que don Cristóbal había edificado, hecho que abre su conciencia al dolor directo.

Al cumplir doce años, su padre le envía en unión de su hermano José

Joaquín, a Valladolid para que en el colegio que la Compañía de Jesús tenía ahí establecido, al igual que en las capitales de otras provincias y todos los cuales tenían merecido prestigio por la calidad y eficacia de su enseñanza, prosiguiera su educación. A mediados de 1765 inicia sus estudios en el Colegio de San Francisco Javier, en el que preclaros jesuitas como Francisco Javier Clavijero renovaban con luces de modernidad la enseñanza.

Valladolid, capital de la provincia de Michoacán, ciudad que labró en rosada cantera sus monasterios e iglesias, colegios y casas señoriales, plazas, acueductos y paseos, lo cual le otorga singular prestancia y belleza, fue a los ojos del adolescente Hidalgo una revelación. Percibió en esa ciudad todas las sensaciones que la naturaleza humana depara: apertura del intelecto y agilidad en el pensar motivada con la excelente tradición académica del colegio; afinamiento de la sensibilidad por el contacto con la belleza que la ciudad encerraba: catedral y templos espléndidos ornados con magníficos cuadros, música sacra y profana cultivada en monasterios y familias próceres que vivían con refinado esplendor; afirmación de su personalidad por la amistad con hijos de criollos acaudalados, inteligentes y amables que brindaron su afecto a los recién llegados, y el conocimiento de jóvenes de singular belleza que asistían a las funciones cívicas y religiosas, niñas criollas hermosas y alegres que despiertan en sus juveniles corazones inquietudes nunca tenidas. Muchos atractivos tenía Valladolid en los años en que Hidalgo llegó. Ahí vivió prolongado tiempo. Maduró y se hizo hombre, se convirtió en brillante estudiante, en catedrático afamado y urgido por vitales instancias, en padre de dos niñas.

Dos años después de haber iniciado sus estudios en el Colegio de San Francisco Javier, Miguel y su hermano José Joaquín tuvieron que suspenderlos por algunos meses, en virtud de que la Compañía de Jesús en junio de 1767 fue expulsada de la Nueva España a través de un decreto del virrey marqués de Croix que mostraba la tónica política de los borbones que acallaba cualquier reclamo, al decir: "Me verá precisado a usar del último rigor y de ejecución militar contra los que en público o en secreto hicieren con este motivo juntas, asambleas, corrillos o discursos de palabra o por escrito, pues de una vez para lo venidero deben saber los súbditos del gran monarca que ocupa el trono de España que nacieron para callar y obedecer, y no para discurrir ni opinar en los altos asuntos del gobierno".

Vueltos a Tejupilco a donde les envió su padre, se inscribieron los hermanos Hidalgo en el Colegio de San Nicolás, fundado a instancias de ese gran

transformador social que fue Vasco de Quiroga, y en el cual profesaban ameritados maestros imbuidos como los jesuitas por tendencias de reforma cultural. En San Nicolás y bajo la inspiración de las ideas de renovación filosófica-científico-literaria de Diez de Gamarra, de Guevara y Bazoazabal y de Clavijero, influidas por la ilustración europea tamizada de heterodoxia e irreligiosidad, realizó Miguel Hidalgo sus estudios que culminaron en la obtención de sus grados de bachiller en artes y bachiller en teología en la Real y Pontificia Universidad de México el 30 de marzo de 1770 y el 24 de mayo de 1773, respectivamente. Habiendo concluido los estudios correspondientes al doctorado, no se presentó a examen para ocuparse con mayor dedicación a su ministerio. Ya bachiller en teología obtuvo por oposición en San Nicolás una beca que le permitió presidir las academias, sustituir a los maestros faltantes, examinar a los estudiantes menores y auxiliar al vicerrector del colegio. Consagrado al estudio, aprendió francés, náhuatl, tarasco y otomí, profundizó en la teología, filosofía e historia eclesiástica, lo que le llevó a ser nombrado catedrático de mínimos y menores y filosofía. Ordenado sacerdote en 1778, a los veinticinco años, Hidalgo prosiguió brillante carrera literaria. En 1782 obtuvo la cátedra de Prima de Teología.

En el año de 1784 mereció se le otorgara el premio ofrecido por el deán de Michoacán —don José Pérez Calama, eclesiástico ilustrado que fue Canónigo en Valladolid y Puebla y más tarde arzobispo de Quito en donde renovó los estudios—, al colegial que presentara las dos mejores disertaciones en latín y castellano, acerca del verdadero método de estudiar la teología. La disertación de Hidalgo que mereció además del premio, los elogios del deán, se inserta en la corriente de renovación filosófica y científica que Nueva España experimentó a fines del siglo XVII, la cual animada por los humanistas jesuitas como Campoy, Castro, Alegre, Abad, Dávila, Perreño, Clavijero, Guevara y Bazoazabal, por el filipense Diez de Gamara y el clérigo José Antonio Alzate, introdujo la modernidad y corrientes político sociales que conmovieron la conciencia de los mexicanos. Esa disertación revela como certeramente lo mostró el llorado humanista Gabriel Méndez Plancarte, la proyección en el campo teológico del espíritu renovador que en la ciencia y la filosofía se presentaba. En él hay una tendencia antimetafísica y un predominio del espíritu positivo con marcada inclinación a la ciencia experimental y una sobreestimación del espíritu crítico y de la utilización de la crítica histórica. En 1787 obtiene la cátedra de Escolástica, en la cual fiel a sus principios impulsó modernos métodos a base de sustituir los textos

de Gonet por los de Gotti, Serry y Berti. Nombrósele vicerrector y tesorero en 1787 y en 1790 rector y catedrático de Moral. En 1791 al designársele padre sacristán de Santa Clara de los Cobres, a más del reconocimiento intelectual obtuvo una amplia seguridad económica, gracias a la cual pudo adquirir la hacienda de jaripeo y los ranchos de Santa Rosa y San Nicolás cerca de Valladolid.

Al llegar Hidalgo a los treinta y siete años cerraba con esplendor su juventud. Había alcanzado debido a su inteligencia y esfuerzo los sitios más apetecibles en la vida académica. Rector de la institución cultural más importante del Bajío, el Colegio de San Nicolás, catedrático y tesorero del mismo, relacionado con eclesiásticos tan destacados y de tanto prestigio como Pérez Calama, primero y posteriormente con don Manuel Abad y Queipo, de noble prosapia y de amplia visión. Su situación personal por otra parte era sólida. Podía auxiliar a hermanos y amigos que requerían su ayuda y vivir sin apremios económicos.

Hombre de pensamiento, Miguel Hidalgo lo era también de acción. Su capacidad filosófica, crítica e incisiva, le hacía combatir arraigados prejuicios, compenetrarse de ideas modernas a través de la lectura de obras que estaban prohibidas, y discurrir libremente sobre asuntos que afectaban más la estructura política del Estado que la ortodoxia católica. Por otro lado, movido por su impetuosa naturaleza, de sus relaciones con una joven de la localidad había procreado dos niñas. La envidia que produce en las almas ruinas y *mediocres el bien de los demás*, el espíritu corto y los prejuicios de una sociedad cerrada e hipócrita movieron a sus superiores, para apagar los rumores y el escándalo que su conducta producía, a enviarlo a Colima, al extremo del arzobispado, a hacerse cargo interinamente de la parroquia.

En el mes de febrero de 1792, renuncia a la rectoría y a las cátedras y marcha hacia la costa a Colima en donde permanece calladamente hasta el mes de noviembre de ese año. Vuelto a Valladolid, su obispo fray Antonio de San Miguel, quien le apreciaba profundamente, le propone como cura de San Felipe Torresmochas, curato del cual tomó posesión el 24 de enero de 1793.

La vida entera de Hidalgo había cambiado. El intelectual abandona los claustros estudiantiles, la enseñanza a los discípulos, la discusión académica, para consagrarse sin dejar de estudiar ni de reflexionar, sino tal vez para meditar en problemas más inmediatos y angustiosos y para resolver para sus feligreses, para el pueblo que se le confiaba, no sólo los escrúpulos religiosos

y las preocupaciones morales, sino preferentemente los candentes problemas que su condición económico-social les planteaba.

A San Felipe llega al frisar los cuarenta años, acompañado de su hermano Mariano, de sus dos medias hermanas, hijas del segundo matrimonio de su padre, Guadalupe y Vicenta y de un pariente, profesor de música, José Santos Villa, quien le seguiría hasta el cadalso. Diez años permaneció en esta parroquia entregado al ejercicio de su ministerio. Criollos, indios y mestizos reciben los beneficios de su atención. Inclínase por los indios y menesterosos y en sus capillas celebra misa y distribuye sacramentos. Compenetrado de la necesidad que sus feligreses tienen de adiestrarse en oficios y artes manuales que les produzcan algún beneficio, establece una alfarería, cultiva sus huertos con esmero y para hacer menos monótona la vida cotidiana, y aumentar el esplendor del culto, organiza una orquesta que dirige Santos Villa. En sus ratos libres, estudia, se adentra en la lectura de sus clásicos griegos y latinos que cultivara desde estudiante y en la de los franceses, Molière y Racine, de los cuales traduce varias obras, entre otras *El Tartufo* que hizo representar en varias ocasiones. El cultivo de estas obras, las francas y abiertas pláticas tenidas con sus colegas y compañeros, timoratos unos, envidiosos otros, le acarrearón el que la Inquisición le abriera proceso acusándolo de hereje, proceso que se le abrió por las mismas y otras consideraciones semejantes en 1807, 1808 y 1809.

En el año de 1803 a la muerte de su hermano José Joaquín quien ocupaba el curato de Dolores, Miguel pasó a hacerse cargo de esa parroquia, mucho más importante que San Felipe. En Dolores su acción fue más vigorosa, producto de una conciencia más tensa y dispuesta a los cambios de todo tipo. Enorme entusiasmo y eficaz dirección imprime entre sus feligreses. Auxiliado por sus vicarios, atiende esmeradamente la vida espiritual de la comunidad e intensifica su labor social para mejorar su cultura y la precaria situación económica en que vivían. En el cumplimiento de su ministerio fue riguroso y cuando se percató que por sus ausencias exponía la tranquilidad de sus fieles dejó ministro que le supliera. Maestro por antonomasia no se desentendió del bajo nivel cultural del pueblo y de la apremiante necesidad de impulsar la instrucción pública. Si en Colima donó su casa al Ayuntamiento para que erigiera una escuela, en Dolores multiplicaría sus afanes y declarará "que por mucho que hicieran los gobernantes sería nada si no se tomaba por cimiento la buena educación del pueblo, que ésta era la verdadera moralidad, riqueza y poder de las naciones".

Consideró Hidalgo que la cultura no era sólo espiritual, sino material y que en la medida en que una progresara la otra se superaría. Por ello a más de fomentar la instrucción elemental, intensificó el cultivo de la música, las artesanías y los oficios, aprovechando las innatas condiciones de los naturales. La alfarería que con tanto acierto iniciara en San Felipe, la va a continuar con gran éxito en Dolores. Establece talleres de carpintería, curtidurías y laboreo de pieles; crea telares en los que se tejen telas de algodón, lana y seda, producida esta última en los vastos plantíos de moreras con gusanos que hiciera llevar de diversos sitios. Importa desde La Habana colmenares, planta viñedos e inicia una incipiente industria vitivinícola. Para facilitar los medios de cambio de las transacciones, produce moneda de cobre, enseña, dirige, fomenta la industria artesanal del pueblo, le relaciona, le otorga crédito; hace que la confianza y el optimismo crezcan en su conciencia, que crea en sus propias fuerzas y se sienta seguro de sí mismo y además que ambicione una vida mejor y más digna. Padre y maestro, agricultor y artesano, guía y amigo, reformador y conductor de hombres. Así empezó el contacto entre un pueblo abandonado y miserable y su caudillo.

Hidalgo predicaba con el ejemplo de su propia vida puesta al servicio de todos. Que esos hombres de tan nobles calidades, tan aherrojados y abatidos, tan sometidos a los intereses de un grupo codicioso y extraño requerían un cambio para transformarse, para poder desarrollar sus escondidas aptitudes, para aprovechar en beneficio de sus numerosas familias los inmensos recursos que les rodeaban, para poder ser felices, ilustrados y libres, gobernarse a través de las personas que ellos, raíz y razón de todo gobierno, decidieran; liberarse de toda sujeción, de la situación servil que les agobiaba hacía tres siglos, poder sentirse iguales y hacer realidad las ideas de confraternidad universal que siempre se les predicaba sin distinciones de color ni condición; todo eso lo comprendió Hidalgo al contacto directo con sus fieles, en el trato cotidiano, en las cálidas jornadas y en las heladas madrugadas; cuando contemplaba a los labriegos que roturan la tierra que se moja de su propio sudor, y a los trabajadores de las minas cercanas que doblados por el peso de sus cargas rendían sus labores. Bautizando, uniendo en matrimonio a sus fieles, sepultándolos, escuchando sus clamores en la agonía, sabiendo de sus angustias en la confesión, observándolos en todos los instantes de su vida, pudo Hidalgo entrever la urgente necesidad de una reforma, ya no sólo intelectual como la intentada en San Nicolás, sino total: política, social y económica.

Las circunstancias que agitaron al mundo entero a finales del siglo XVIII y principios del XIX y en especial a la Nueva España, aceleraron esa profunda reflexión y le hicieron adoptar inquebrantable decisión.

El año de 1808 ocurren en Europa acontecimientos que conmueven en sus cimientos al Imperio Español. La expansión napoleónica arrasa viejas dinastías. Los monarcas españoles débiles y decadentes manejados por un favorito, José Godoy, que había impuesto en toda América funcionarios inútiles e inmorales que se habían concitado el odio del pueblo, abdican en favor de Bonaparte quien va a colocar en el trono de España, apoyado por las bayonetas francesas, a su hermano José. Surge en España la guerra contra el invasor, rica en gestas heroicas y sacrificios, y se intenta organizar un gobierno democrático a través de las juntas que se constituyen apoyando al príncipe de Asturias que subiría al trono como Fernando VII. Estos hechos crean una coyuntura política que aprovechan en toda América los grupos de criollos ilustrados, abogados, clérigos, nobles secundones, para hacer un intento largamente querido de autogobierno. Así, imitando las juntas que en España se forman, se erigen en Nueva Granada, en Quito, en Buenos Aires y en otros lugares, cuerpos representativos de los grupos socioeconómicos más caracterizados, más conscientes de la necesidad de una autonomía política por la que pugnaban callada pero tenazmente desde muy atrás, y que se había manifestado en continuas representaciones o propuestas de muy variado tipo y la cual se apoyaba en reclamaciones populares, algunas de ellas auténticas conmociones, como la de Tupac Amaru.

Nueva España, que había pasado durante los tres siglos de dominación por más de trescientas sublevaciones de poca cuantía, reveladoras de un descontento general, y que se conmovía con violencia por la desigualdad de sus clases sociales, la falta de asimilación de numerosos grupos, las diferencias económicas y culturales existentes en amplios núcleos y por el descontento y malestar que provocaban las malas cosechas, el aumento de los precios en los artículos de consumo más vitales como el maíz, no escapó a los intentos de un gobierno autónomo. El año de 1808 un grupo de criollos inteligentes y preparados, estimulados por las ambiciones del virrey Iturrigaray, propusieron ante la ausencia del monarca no sólo el establecimiento de una junta, sino de un gobierno regido por un congreso democrático. No trataban los criollos de 1808, Acárata, Verdad, Cristo, Talamantes, sino de "administrar y dirigir al país sin intromisión de manos extrañas, manteniendo fidelidad a la estructura social derivada del pacto originario".

Piden ellos ser, como juiciosamente ha observado Luis Villoro, quienes gobiernen los bienes del rey. No tratan de hacer una patria, sino de manejarla y dirigirla. Cierto es que Talamantes, el más destacado, sostiene que el congreso que propone tenderá a obtener finalmente la sólida independencia que debe ser durable y permanente. Él piensa que la autonomía debe servir para constituir una nación de acuerdo con sus propios deseos y con sus propias leyes.

Las ideas de los criollos de 1808, representativas de sus intereses de clase, influidas por las teorías populistas españolas, las tesis de Suárez, Mariana y Martínez Marina, por las surgidas de los franceses: Montesquieu, Rousseau, Voltaire, Diderot y por el conocimiento de publicistas anglosajones y aun de las constituciones norteamericanas, no pudieron cristalizar, debido a que las clases dominantes, alarmadas por el ritmo que tomaban las discusiones, las acallaron con violencia mediante un cuartelazo que acaudilló un comerciante y hacendado peninsular, José de Yermo, quien se hizo eco de las posiciones más conservadores de clero y comerciantes españoles, destituyó al virrey y puso presos a los dirigentes.

El fracaso de este primer intento democrático de autogobierno, no hizo desistir a los criollos, antes bien les estimuló a trabajar en pro de una verdadera autonomía, de una real independencia política, organizándose secretamente, allegándose partidarios por todos los ámbitos para difundir con vehemencia los principios autonomistas. Así, al año siguiente, en 1809, en Valladolid de Michoacán, va a descubrirse una conjuración en la que estuvieron inodados eclesiásticos como fray Vicente de Santa María, más tarde autor de un proyecto de constitución, el cura don Manuel Ruiz de Chávez, los padres Seguí, Ortiz y Simavilla, los licenciados José Nicolás Michelena, José Antonio Soto Saldaña, los militares José Mariano Michelena, Manuel Muñiz, Ruperto Mier y muchos otros. Procesados los participantes, las autoridades actuaron sin gran rigor, dispersándolos, lo cual contribuyó a difundir el descontento que cundió por todo el país. Es muy posible que Hidalgo haya estado comprometido, pero de quien sí sabemos que mantenía vínculos con los grupos autonomistas de varias regiones como Guanajuato, San Luis Potosí, Puebla, México, Querétaro, Veracruz, es del teniente Ignacio Allende, nacido en San Miguel el 20 de enero de 1779, de familia criolla acomodada, hombre valiente, franco y decidido, bien relacionado por su carácter simpático en todos los medios y quien ejercía entre los militares criollos gran influencia. Conviene notar que dentro de la milicia, apenas

organizada a finales del siglo XVIII, distinguíanse los hijos de familias importantes, llenos de ambiciones, ideas innovadoras, dotados de un sentimiento de superioridad y de fuerza que les había dado el constatar su espíritu de cuerpo al ser acantonados en Jalapa, poco tiempo hacía. Algunas ideas de la masonería internacional aportadas por los jefes peninsulares y acrecentadas aquí, uníanles también.

La actividad de Allende en pro de una separación de la metrópoli databa de años atrás. Sus continuos viajes, el conocimiento del país, que adquirió por ellos y el contacto con personas de extracción muy diversa, le permitió apreciar el solapado clamor de un cambio político que cundía por la Nueva España. Ligóse con núcleos de diversas ciudades presididos por intelectuales, curas y abogados, y con comerciantes y agricultores afectados en sus intereses económicos, todos los cuales coincidían en anhelos comunes. La amistad con Hidalgo procedía desde antes de 1808 y aumentóse a medida que ambos coincidieron en la idea de insurgir a Nueva España del yugo español y darse un gobierno propio. Vecinos como eran Dolores y San Miguel, las relaciones entre Hidalgo y Allende y sus compañeros, los hermanos Aldama y Abasolo se estrecharon.

Hidalgo, por otra parte, desde antes de 1808 realizaba continuos viajes por toda la provincia de Guanajuato y Michoacán en la que se fue dando a conocer, principalmente en los medios intelectuales, en los que era muy apreciado por su cultura y carácter. El corregidor de Querétaro Miguel Domínguez y su esposa Josefa Ortiz, gran promotora de la independencia, se convirtieron en entrañables amigos. El intendente de Guanajuato, Riaño, hombre ilustrado que promoviera el bienestar de la provincia, le estimaba a tal punto, que llegó a proponerle formara parte de los diputados mexicanos que irían a Cádiz a participar en las Cortes. El obispo de Valladolid, don Miguel Abad y Queipo, viejo conocido de Hidalgo, le brindaba su amistad y no era raro que estos tres hombres se encontraran, atraídos por una corriente de mutua simpatía e ideas de renovación afines en muchos sentidos.

El desarrollo de los acontecimientos políticos metropolitanos y novohispanos, llevó a los descontentos a formar en diversas ciudades grupos que se consagraron abiertamente a conspirar. En Querétaro integróse uno de los más importantes formado por los esposos Domínguez, el padre Iturriaga, Allende, Hidalgo, el padre José María Sánchez y los hermanos González. Previamente en San Miguel existía otro grupo con los Aldama, el teniente Lanzagorta, el padre Catiblanqui, en San Luis el religioso Villerías había

también establecido uno de singular importancia, y así por todo el centro del país, ligados por vínculos familiares, amistosos y de muy diversa índole, preparábanse planes, en los que se entremezcla el puro descontento político con reivindicaciones sociales, reparto de tierras, odios ancestrales de grupos antagónicos. Las conciencias se tensan, se elaboran armas; aun Hidalgo funde varios cañoncitos y se prepara un levantamiento armado encabezado por Hidalgo que debería estallar el mes de diciembre de 1810.

Los conjurados, según se desprende de los testimonios existentes, deseaban apoderarse de los españoles y expulsarlos del país, vencer a las fuerzas que se les opusieran, constituir un congreso en México que decidiera la forma de gobierno a seguir, solicitando el reconocimiento y la ayuda de los Estados Unidos. Más aún, se menciona la constitución de una república federativa según el modelo norteamericano. Que existió una idea primera que debería irse precisando es evidente, pues los actos posteriores de Hidalgo comprueban su afán organizador, su deseo de dotar al país de una forma de gobierno moderna que le permitiera resolver los problemas económicos y sociales que le aquejaban.

Como los preparativos fueran tan visibles y las indiscreciones tan frecuentes, la conjura de Querétaro fue descubierta y denunciada desde el mes de agosto. A principios del mes siguiente, teniendo ya las autoridades la seguridad de su existencia, alertaron a sus subordinados ordenándoles aprehender a los inodados. Sabedores los dirigentes, Hidalgo, Allende, Aldama y Abasolo, que de no obrar rápidamente sus planes vendrían por tierra, reunidos apresuradamente en Dolores, en la casa del cura, éste decide en un gesto de valor incontenible de decisión audaz, lanzarse a la revolución. Sus palabras: "Señores, somos perdidos; aquí no hay más recursos que ir a coger gachupines", seguidas de un llamamiento al pueblo en la madrugada del 16 de septiembre de 1810, al son de una campana en la cual se escucharon gritos ya de viejo conocidos como: "Muera el mal gobierno", con otros que eran nuevos como: "Viva América, Viva la independencia", fueron el inicio del más grande movimiento popular, de la mayor conmoción social que jamás haya tenido México, y sólo comparable con la revolución de 1910.

Seiscientos hombres sumó el ejército de Hidalgo al salir de Dolores. En Atotonilco tomó como bandera una imagen de la Virgen de Guadalupe con la cual imprimió un sentido nacionalista religioso a la lucha, y de pueblo en pueblo llegó a Celaya aumentando su ejército en más de cuatro mil hombres.

Guanajuato, próspero centro minero, sede de la Intendencia, rico en capitales y recursos se convirtió de pronto en el objetivo inmediato de los insurgentes. Con una población de más de sesenta mil almas, numerosos peninsulares, abundantes criollos y mayor número de mestizos e indios que trabajaban en las minas, representaba por su importancia la segunda ciudad del país. Su intendente Juan Antonio Riaño, amigo de Hidalgo, pero fiel a su patria, al ser intimado por las fuerzas de éste, se pertrechó en la Alhóndiga, enorme edificio en el que encerró los caudales de la ciudad, albergó a los españoles presos de pánico, introdujo armas y víveres y se aprestó a resistir al ejército insurgente. No contó Riaño con que la numerosa plebe de Guanajuato y minerales vecinos se uniría al cura y volcando odios ancestrales, se prestaría a destruir todo lo que significaba sujeción y unión a España.

El 28 de septiembre, después de largas horas de sangrienta lucha, la Alhóndiga, nueva Bastilla, cayó en poder de las huestes de Hidalgo, las cuales saquearon la ciudad. El levantamiento de Hidalgo para ese momento se había ya convertido en una rebelión de masas, en una auténtica conmoción social. Una muchedumbre integrada por indios, castas, campesinos, mineros, obreros desbordaba el orden establecido. Un alud desordenado e incontenible de campesinos sin tierras y sin créditos, de explotados obreros de minas y obrajes, de gente de toda procedencia sin trabajo, ni recursos, atraídos por una ansia irrefrenable de libertad, de anhelos de igualdad, de deseos de contar con un trozo de tierra con que sostener a su familia, y también llenos de rencores, de seculares odios que una organización injusta y aflictiva les había producido, arrasaba al país. El grupo de militares de carrera como Allende, Aldama, Abasolo y otros que comandaban algunas fuerzas disciplinadas y bien equipadas, no pudo tampoco, dominado por las circunstancias, contener los excesos de la guerra. Aquí como en otras partes, la revolución devoraba a sus hijos.

El 24 de septiembre, las autoridades eclesiásticas abusando de un recurso eclesiástico de singular fuerza dentro del ambiente excesivamente religioso de Nueva España, lanzaron edictos excomulgando a Hidalgo y sus seguidores y reabrieron el proceso que la Inquisición le iniciara años atrás, medidas extremas que fueron inútiles. Hidalgo precisó en varias declaraciones su posición cristiana y señaló que esos edictos se empleaban como instrumentos de presión política; que las opiniones y posición política de los mexicanos no contradecían sus creencias. Deslindó penetrantemente la libertad del individuo para darse la forma de gobierno que mejor le pareciere, sin menosca-

bo de la ortodoxia de sus ideas, y pureza de sus creencias. Afirmó con acierto que las excomuniones episcopales no tenían validez, pues eran esgrimidas con el interés de amedrentar a débiles e incautos: “Todos mis delitos traen su origen —escribió— del deseo de vuestra felicidad; si éste no me hubiese hecho tomar las armas yo disfrutaría una vida dulce, suave y tranquila, yo pasaría por verdadero católico como lo soy, y me lisonjeo de serlo, jamás habría habido quien se atreviese a denigrarme con la infame nota de herejía”. “Abrid los ojos —añadía en su respuesta a la Inquisición— no os dejéis seducir de nuestros enemigos; ellos no son católicos sino por política: su Dios es el dinero, y las conminaciones sólo tienen por objeto la opresión.”

En este documento en que deslinda la esfera religiosa de la política, esbozaba también sus ideas respecto a la lucha que había emprendido, a su deseo de constituir una nación y lograr para ella las supremas finalidades que todo estadista desea que su pueblo alcance: “Establezcamos —agregaba— un congreso que se componga de representantes de todas las ciudades, villas y lugares de este reino que teniendo por objeto principal mantener nuestra santa religión, dicte leyes suaves, benéficas y acomodadas a las circunstancias de cada pueblo: ellos entonces gobernarán con la dulzura de sus padres, nos tratarán como a sus hermanos, desterrarán la pobreza moderando la devastación del reino y la extracción de su dinero, fomentarán las artes, se avivará la industria, haremos uso libre de las riquísimas producciones de nuestros feraces países, y a la vuelta de pocos años, disfrutarán sus habitantes de todas las delicias que el Soberano Autor de la naturaleza ha derramado sobre este vasto continente”.

A partir de ese instante, camino de Valladolid, ciudad que le abrió de par en par sus puertas, se inicia la revolución ideológica, es decir, se precisan los ideales no sólo políticos de los insurgentes, sino sus auténticos deseos de una reforma social y económica. También entonces Hidalgo destacará por todo el territorio, auténticos caudillos que inflamarán el ánimo de los mexicanos y les incitarán a participar en su lucha libertaria. Morelos, Rayón, Torres, Mercado, González Hermosillo, Jiménez, extienden la insurrección por todo el país, secundando a los primeros caudillos. Su acción y pensamiento reafirmará los ideales y obra de los iniciadores de la independencia.

En Valladolid, a donde entró en medio de aclamaciones populares, hizo publicar el día 19 de octubre, por conducto del intendente Anzorena, un decreto por el que declaraba abolida la esclavitud: “prevengo —señala el decreto— a todos los dueños de esclavos y esclavas, que luego inmediatamente

que llegue a su noticia esta plausible Superior Orden, los ponga en libertad". Este deseo nobilísimo por el que terminaba de una vez con esa institución infamante, y que revela su noble y alta concepción que de la sociedad y de todos los hombres tenía fue secundada por sus seguidores Rayón y Morelos y reafirmada poco tiempo después por él mismo en Guadalajara.

De Valladolid, Hidalgo decide marchar sobre la ciudad de México. La capital del virreinato, sede del poder militar, político y religioso del país, representaba la cabeza que había que abatir. Sobrestimando su poder, Hidalgo llega al Monte de las Cruces, en las cercanías de México, a finales de octubre. Una batalla cruenta y difícil en ese lugar, la desertión de muchos hombres de su abigarrado ejército, la noticia de que fuerzas regulares realistas encabezadas por Félix María Calleja se acercaban, su temor de que la ciudad fuese saqueada como Guanajuato y que no se pudieran contener los excesos de la plebe, lo cual desprestigiaría su movimiento, le hizo retroceder. Ante estos hechos un gran escritor, Alfonso Reyes, escribe: "en el cerro de las Cruces se detendrá ante quién sabe qué fuerzas o consideraciones misteriosas", "A la majestad de la Historia no siempre conviene el que los grandes conflictos encuentren soluciones fáciles".

Pocos días más tarde, cuando las tropas regresaban hacia el noroeste, en Aculco fueron derrotadas por las fuerzas de Calleja. La cara de la fortuna cambiaba y se ensombrecía el camino. ¡Días amargos y dolorosos vendrían para Hidalgo y sus compañeros!

De acuerdo, Hidalgo regresa a Valladolid y Allende toma el camino de Guanajuato. De Valladolid, Hidalgo prosigue a Guadalajara, la ciudad más importante del occidente, sede episcopal, asiento de una audiencia, con universidad y numerosos colegios que habían formado una elite brillante que destacaría en el desarrollo histórico de México.

Guadalajara fue el sitio en el que Hidalgo planeó y definió con mayor certeza sus convicciones políticas y sociales. Organizó un gobierno nacional, nombrando a José María Chico ministro de Gracia y Justicia y a Ignacio López Rayón de Estado y de Despacho. Reintegró la Audiencia de Nueva Galicia con abogados partidarios de su causa y destacó a los Estados Unidos a varios comisionados, siendo el primero Pascasio Ortiz de Letona, con el propósito de solicitar el reconocimiento y obtener auxilio en su lucha.

En el aspecto social su acción fue de un auténtico transformador. Sobrepasó por la hondura y consecuencia de sus concepciones, por la profunda trascendencia de sus disposiciones emanadas de su espíritu de humanista y

reformador, las concepciones de otros próceres del movimiento emancipador americano, los cuales limitaron su acción a una transformación política y no social y económica. El primigenio sentido de su lucha, de una revolución social que produjera la fraternidad de todos los mexicanos, la igualdad absoluta de todos los hombres independientes de origen, condición e ideas, cristaliza con los decretos del 29 de noviembre, 5 y 6 de diciembre de 1810. En el primero ratifica en sus líneas generales el decreto que por acuerdo suyo expidiera Anzorena en Valladolid. El día cinco dispone se entreguen a los naturales tierras para su cultivo "pues es mi voluntad que su goce sea únicamente de los naturales en sus respectivos pueblos".

Este decreto por el que se hacía eco de un lejano clamor de todos los hombres del campo para que se les otorgara la tierra que trabajaban y de la cual vivían, revela a Hidalgo como un revolucionario auténtico, esto es, el hombre que no sólo destruye lo anquilosado y negativo, sino que sienta las bases de un orden social más justo en un país que labraba desde sus cimientos. Nada era posible hacer en lo político, pensaba Hidalgo, en tanto no se tuvieran las bases socioeconómicas justas, igualitarias y de una auténtica libertad, pues el hombre que no lo es por razones o sujeciones irracionales sociales y económicas, no lo puede ser políticamente.

El día seis emite un decreto, de gran trascendencia, y cuyas partes fundamentales son las siguientes:

1o. Que todos los dueños de esclavos deberán darles la libertad, dentro del término de diez días, so pena de muerte, la que se les aplicará por la transgresión de este artículo; 2o. Que cese para lo sucesivo la contribución de tributos, respecto de las castas que lo pagaban y toda exacción que a los indios se les exija; 3o. Que en todos los negocios judiciales, documentos, escrituras y actuaciones, se haga uso de papel común, quedando abolido el del sellado; 4o. Que todo aquel que tenga instrucción en el beneficio de la pólvora, pueda labrarla, sin más obligación que la de preferir al gobierno en la venta para el uso de sus ejércitos, quedando igualmente libres todos los simples de que se compone.

Así, eliminando estos obstáculos de la desigualdad, la existencia de gabelas y cargas impositivas que recaían sobre las clases más desheredadas, Hidalgo iniciaba una renovación total del país, que él no alcanzó a contemplar pues su lucha tendría que ser continuada un siglo después, por la revolución de 1910.

En Guadalajara, donde hizo que un destacado intelectual, Francisco Severo Maldonado editara *El Despertador Americano*, primer periódico, vocero

de los ideales emancipadores, recibió notas de cómo Calleja con un ejército disciplinado y bien pertrechado iba en pos de él. A su encuentro fueron las tropas insurgentes, las cuales fueron vencidas en el Puente de Calderón vecino a Zapotlanejo después de reñida batalla que en un principio se inclinó a su favor.

A partir de ese día, 17 de enero de 1811, las fuerzas de la libertad inician una larga peregrinación rumbo al norte, a donde iban con la esperanza de recuperarse, arbitrarse recursos y el auxilio de los norteamericanos. Aguascalientes, Zacatecas, Saltillo recibieron un ejército cada vez más diezmado, hombres que penetraban en sus desiertos y llanuras desprovistos de ayuda, desmoralizados muchos de ellos y aun divididos. Hidalgo fue despojado en Pabellón del mando militar que tomó íntegramente Allende.

Por si eso fuera poco la traición les haría víctimas. Ignacio Elizondo, capitán retirado, rico terrateniente enemigo de la independencia, promovió en Coahuila una contrarrevolución y fingiéndose partidario de Hidalgo, auxiliado por indios comanches y lipanes preparó a la comitiva de Hidalgo una emboscada cerca de las Norias de Baján, en donde ante la sorpresa, la indecisión y el pánico aprendió al cura y sus acompañantes, los cuales fueron conducidos a Monclova. De esta ciudad, en pleno desierto, en medio de fríos y calores extremos, se trasladó a los prisioneros a Chihuahua, en donde Hidalgo fue recluido en el antiguo Colegio de la Compañía de Jesús.

El carácter eclesiástico de Hidalgo, hizo que tuviera que ser sometido a un doble proceso, uno militar y civil, eclesiástico el otro. En el primero fue condenado como reo de alta traición a muerte y confiscación de sus bienes. El auditor de guerra pidió:

En cuanto el género de muerte a que se le haya de destinar, encuentro y estoy convencido de que la más afrentosa que pudiera escogitarse, aún no satisfaría completamente la venganza pública; que él es delincuente atrocísimo, que asombran sus maldades, que es difícil que nazca monstruo igual a él y que es indigno de toda consideración por su personal individuo; pero es Ministro del Altísimo [...] Por tanto [...] ya que no puede dársele garrote por falta de instrumentos y verdugos que lo hagan, podrá mandar si fuere de su agrado, que sea pasado por las armas en la misma prisión en que está.

Después de ser degradado el 29 de julio de su carácter sacerdotal, por disposición del obispo de Durango, debido a las acusaciones del Santo Oficio que le imputaba ser "hereje formal y apóstata de nuestra Sagrada Religión, reo de

lesa majestad divina y humana, blasfemo, enemigo implacable del cristianismo y del Estado, seductor protervo, lascivo, hipócrita, astuto, traidor al rey y a la patria, pertinaz, contumaz y rebelde al Santo Oficio”, Hidalgo fue entregado a las autoridades militares las cuales el 30 de julio de 1811 le pasaron por las armas en el patio del colegio. Su cadáver como los de sus compañeros, fusilados semanas atrás, fueron expuestos al público. Bárbara disposición del comandante de Provincias Internas, Nemesio Salcedo, originó que una vez muertos se decapitase a Hidalgo, Allende, Aldama y Jiménez. Sus cabezas como se hacía con los peores criminales del reino (pendientes de unos garfios) fueron llevadas a Guanajuato, “teatro de sus primeras expediciones y sanguinarios proyectos”, en donde se les colocó en las esquinas de la Alhóndiga de Granaditas, por ser “insignes facinerosos, y primeros caudillos de la Revolución. Que saquearon con la mayor atrocidad la inocente sangre de sacerdotes fieles y magistrados justos. Y fueron causa de todos los desastres, desgracias y calamidades que experimentamos y que afligen y deploran los habitantes todos”, y para que sirviera de ejemplar escarmiento, tal como se escribió en infamante letrero.

Con lujo de fuerza desmedida, concentrado el odio hacia quienes habían tenido la osadía de anhelar una patria libre, grande y respetable, de desear que reinase la igualdad y el amor y que todos los mexicanos hermanados en un mismo ideal, “pudiesen disfrutar de todas las delicias que el Soberano Autor de la naturaleza ha derramado sobre este vasto continente”, los representantes del monarca español trataron de extinguir los ideales libertarios de un pueblo ansioso de independencia, de justicia y de una equitativa distribución de la riqueza.

Al tratar de matar esos ideales, las autoridades no hacían otra cosa que contribuir a que éstos, esparcidos por los ámbitos todos del país, se multiplicaran, vigorizaran y tras años de lucha heroica, se consumaran.

La muerte de Hidalgo cerró una etapa de nuestro proceso emancipador, la primera, la más honda y vital e hizo posible que la libertad de la patria se obtuviera. Su vida entregada en pos de una reforma de las instituciones y del espíritu es ejemplo a seguir.

A través de los años, su presencia espiritual y material se acrecienta. Su conducta viril y decidida se agiganta. Aquel cura de Dolores, “de cuerpo de mediana estatura, algo cargado de espaldas y de vigorosa complexión; morena la tez, verdes los ojos que animan viva mirada; un tanto caída sobre el pecho la cabeza amenazada de calvicie, respirando salud, aunque no activo

ni pronto en sus movimientos. De pocas palabras en el trato común, de voz dulce que se anima sin embargo en la conversación al entrar en una disputa; no afecta sabiduría, mas luego se le descubre hijo de las ciencias; optimista, obsequioso, hospitalario y complaciente”, tal como lo pintaron sus contemporáneos, se transfigura y engrandece.

Padre de una patria, reformador intelectual, renovador social en quien confluye historia y leyenda, su vida y su obra están presentes en el corazón de todos los mexicanos que rememoran su noble y paternal figura.